

## SOCIEDAD Y NACION EN SALES Y FERRÉ

Manuel Sales y Ferré nació en un pueblo tarraconense, Ulldescon, en 1843, falleciendo sesenta y siete años más tarde —1910—, en Madrid. Cursó Filosofía y Letras y obtuvo la cátedra de Geografía histórica de la Universidad de Sevilla, siendo luego nombrado profesor de Historia universal. En 1899 pasaba a la Universidad Central a desempeñar la cátedra de Sociología que regentó hasta su muerte.

Sus conocimientos descuellan eminentemente en los campos de la arqueología, la historia y la sociología. Formado en las doctrinas krausistas, paulatinamente se fue inclinando hacia las ideas positivistas y evolucionistas. En Madrid fundó el Instituto de Sociología, y en esta misma ciudad terminó la obra que debía proporcionarle nombre y fama perdurables: el «Tratado de Sociología», de amplia exposición, excelentemente documentada, donde hace un estudio de la evolución de la sociedad desde los primeros pobladores hasta sus días, fines del XIX, que es cuando la termina.

Contemplando en un conjunto esta larga y laboriosa evolución, observamos cómo sobresalen con especial relieve la tribu, la ciudad y la nación, pudiendo apreciar ya en un plano más llano la federación de tribus, la de ciudades y el imperio.

De todas estas organizaciones sólo la tribu se dará como forma de convivencia en toda la tierra, valiendo como unidad autárquica, capaz de satisfacer por sí misma las necesidades que pueda tener o sentir. Para Sales y Ferré será la unión de tribus la que, tras adoptar un mismo dios, formarán la ciudad, la cual procurará expansionarse a costa de otras tribus; si triunfa surgirá el imperio, y si no puede que permanezca como ciudad o que regrese a su primitivo estado de tribalismo. Las federaciones constituyen uniones provisionales como imperativo ineludible para afrontar unas circunstancias que hacen peligrar a las propias tribus o ciudades individualmente consideradas.

De todos estos modelos en que puede cuajar la asociación de los hombres en una vida en común, sólo se nos muestran autosuficientes la tribu, la ciudad y la nación; las demás formas, precisamente por configurarse sobre una base artificial, ora cimentada en un peligro —federación— siempre pasajero, ora en

un desequilibrio de fuerzas que beneficia al más fuerte —imperio—, pero que tienden a restablecerse. En consecuencia, los sistemas plenamente desarrollados y factibles de seguirles la pista desde su nacimiento hasta su desaparición han sido los tres primeros. Cada uno, además, ofrece determinadas ventajas o inconvenientes según el tipo de asentamiento y relaciones políticas y sociales por que se haya regido.

Tribu, ciudad y nación no sólo se suceden por este orden, sino que la precedente es parte del todo que supone la consecuente, pero al adoptar la nueva forma, perfectamente sustantivizada, provoca en las otras pequeñas unidades que sumadas la conforman, su disolución. Por tal causa el orden ascendente de los sistemas sociales es para Sales éste: tribu, federación de tribus, ciudad, imperio, federación de ciudades y nación.

En sus albores la tribu era homogénea y compacta, y con el tiempo fueron sucesivamente configurándose la fátrida, la gentilícea, la subgentilícea y la matriarcal —patriarcal en otras y posteriormente—. Por su parte las ciudades crecen y evolucionan hasta cierta altura: unas llegan a la fase territorial, otras a la timocrática, sólo una, Atenas, trepa hasta la democrática.

La evolución es en sentido progresivo y constante. Algunos estacionamientos y hasta retrocesos, no son sino baches con que topan y que para sobrepasarlos será preciso rellenar previamente. Las rudimentarias organizaciones sociales van tomando cada vez mayor complejidad, provocando tal crecimiento la desaparición de muchas formas orgánicas que le eran incompatibles.

¿Y cuál es el motor que mueve este pesado andamio que de día en día alcanza más nivel? El egoísmo y la simpatía, responde Sales. El hombre, por innatismo, ha procurado en todo momento hacerse dueño de lo más y mejor posible, y si ello le ha enfrentado con otros hombres, también le ha enseñado que para conseguirlo deberá obtener muchas veces el asenso y hasta el concurso de otros semejantes.

Estas energías se han movido hasta la misma decimonónica centuria por pura inercia, al compás que las circunstancias han imprimido, con toda la inconsistencia, e inconsecuencia en casos, que puede desprenderse. Pero la persona ha ido poco a poco afirmando más su posición, y ya en ella la que comienza a dictar el ritmo de las fuerzas que impelen hacia el futuro.

Nuestro trabajo, sin embargo, sólo pretende enfocar este proceso evolutivo en el aspecto a que la nación atañe, teniendo en cuenta su mutuo condicionamiento con la sociedad, que la conforma y es conformada a su vez.

Hemos visto cómo Sales y Ferré hace surgir el concepto de nación de una unión de ciudades. Esto, sin embargo, sería poco, o, por lo menos, no sería todo. Para él la nación deviene a partir del siglo v, y su causa inmediata y

eficiente es la invasión de los pueblos germánicos que irrumpiendo por las fronteras del Imperio romano se establecen en sus dominios. Estos pueblos estaban organizado tribalmente en sus tierras oriundas, y su marcha hacia el sur las llevó a conocer un formidable sistema imperial donde todos los territorios que circundaban el Mediterráneo se venían rigiendo por unos mismos principios y un solo centro (salvamos Constantinopla, cuyos dominios apenas se vieron afectados por la presencia germana). El contraste era abisal para que lo aceptaran, por lo que arrasaron lo que de político y administrativo tenía la estructura.

No obstante, pese a haber hecho tabla rasa con el orden material, no se comportaron de igual modo con el religioso. Geográficamente el catolicismo se identificaba con el Imperio. La religión cristiana estaba edificada sobre la incommovible base del monoteísmo, y es precisamente esta religión a la que se van convirtiendo los invasores. Con ello tenemos que quebrantando todo lo que de institucional y básico tenía Roma no había más que trasladar a las nuevas tierras conquistadas la organización tribal que satisfacía su convivencia en sus tierras, pero a su vez, aceptando el catolicismo, se impedía la atomización que dicha organización implicaba. Esa y no otra es para Sales la causa de que mientras las tribus itálicas y griegas fundaban la ciudad, las germánicas fundaban la nación.

El catolicismo, pues, que por esencia tampoco era nacional, es la clave de la nueva situación. La admisión de un mismo y único Dios debía de servir forzosamente de comunicación entre aquellos abigarrados pueblos, a la par que influiría considerablemente en aquella organización nacional, facilitándola, puesto que habiendo adoptado la división administrativa del Imperio, división que descansaba en una realidad social y geográfica, suministraba unos moldes territoriales a los nuevos dominadores, los cuales aceptarían casi por completo puesto que en sí representaban unas fronteras naturales.

El fundamento de la relación social lo constituye entre estos pueblos el sentimiento de una común descendencia de un mismo linaje, siendo esta comunidad de parentesco y no otra cosa la que liga a las personas, y es lo que Sales llama «troncalidad».

Efectivamente, si para Sales la nación surge y se forma entre los siglos v y x, y prosigue su desenvolvimiento cuando escribe sobre ella, no significa que se venga rigiendo constantemente por la misma fórmula. Cada país está condicionado por distintas circunstancias y todos por el feudalismo, el cual será la tónica del largo período medieval.

De hecho el feudalismo se sustentaba sobre una plataforma territorial. Sales lo define como «la combinación de una oligarquía territorial y política y de una monarquía troncal y religiosa», actuando la religión de coagulante que evita

la disolución. Visto así no es, por lo tanto, el fraccionamiento la característica sustancial del régimen feudal, sino que es lo contrario lo que patentiza su individualidad, es decir, la unidad de creencia religiosa. La tradición romana y la unidad católica al combinarse con la tendencia localista y disociadora del suelo determinan el feudalismo.

Es de este encontronazo y convivencia subsiguiente de donde proviene lo que Sales y Ferré bautiza como «nación», producto de polos tan opuestos, centrípeto el uno y centrífugo el otro, aunque se nos ofrezca por el momento con un contorno difuminado e inconsistente. Lo exterior la condiciona opresoramente y la lanza a precisar sus límites.

Expuesto a grandes trazos veremos cómo Sales desarrolla este inmanente proceso de transformación de la nación movido en todo momento por la fuerza no menos presionante de la sociedad.

La nación troncal comienza en el Occidente europeo alrededor del siglo X, derrumbado ya el Imperio carolingio. Dos elementos la confortan: el territorial y el troncal, ya analizados, en que si aquél tiende a la monarquía absoluta, éste nos lleva al imperio de una oligarquía discolorada, y de la mezcla de entrambos sale el anunciado orden feudal.

En él cada señor era un soberano en su territorio. Sólo el vínculo de una misma descendencia les hacía reconocer la existencia de una monarquía encarnada por un rey, en muchos de los casos con un poder más nominal que efectivo. A pesar de tan adversas circunstancias la monarquía no se derrumbó porque al lado del particularismo territorial existía un sentimiento de solidaridad étnica y una comunidad de creencias suficiente para mantener el equilibrio. Monarquía y feudalismo, corrientes contrarias, chocaban así necesariamente, pero no se destrozaban, sino que predominaba la más poderosa. La monarquía, troncal y débil, era bastante empero para mantener a flote los lazos de unión en medio de un feudalismo territorialista y todopoderoso que conservaba un mínimo del afecto de un origen común. Independientes e incompatibles se compatibilizaban y coexistían.

Esta creciente adhesión del señor feudal al suelo hace que se vaya pasando de un estado de sociedades democráticas de parientes a otro de sociedades aristocráticas de terratenientes, por lo que mientras los estratos sociales se montaban ya sobre la territorialidad, el reino no salía de la troncalidad, siendo de presumir que el día en que el nexo territorial feudal alcanzase cierta altura el reino se diluiría, y así habría ocurrido, cree Sales, de no haberles puesto freno la entrada en escena del Pontificado y el Imperio.

A la larga, sin embargo, la victoria de aquél sobre éste da ánimos a la nación para desvincularse de todo poder supranacional. Los cismas destrozan al propio tiempo y definitivamente los ímpetus políticos del Papado. Paradóji-

camente, la monarquía había tenido a su favor algo que contribuyó en grado sumo a su robustecimiento, y que ya había sido decisivo cuando las invasiones de los bárbaros: la religión.

El cristianismo quería unidad, paz y justicia, lo que lógicamente debía abrir herida en el feudalismo, y ello sólo podía conseguirlo revistiendo al príncipe de un poder ilimitado. Además, la unidad celestial debía reflejarse en la unidad territorial. Catolicismo y monarquía identificaban así sus fines como aliados naturales que eran, y llegaron a apoyarse mutua y declaradamente. Para Sales este apoyo espiritual al poder real es de tanta categoría que no sólo permitió fundar la monarquía nacional a la caída del Imperio romano, sino que la liberó de la sepultura en el apogeo del régimen feudal.

Esta nación troncal compuesta por los factores suelo, raza y religión representados respectivamente por la nobleza, la monarquía y la Iglesia, fue ayudada además por otra suerte de circunstancias propicias como las Cruzadas, especialmente, que acrecentaron las relaciones con musulmanes y bizantinos, de lo que se derivó un renacimiento cultural y económico que fortaleció aún más el creciente poderío de las ciudades, aliadas también de los monarcas, todo lo cual logra hacer saltar la estructura troncal para pasar a la territorialidad.

Con ello penetramos en la segunda fase de la nación. El rey, que en los comienzos de la fase anterior había conseguido hacer hereditarios sus derechos, pasa a ser en toda la nación territorial lo que antes cada señor era en sus dominios: soberano, y por despojárseles a aquéllos de la soberanía se les despoja de la propiedad que es lo que la proporcionaba, y todos los que a partir de ahora son algo lo son no por sí, sino por concederlo el príncipe, quien además gobierna por la gracia de Dios porque su poder es de origen divino.

El absolutismo real se superpone al territorialismo de la nación. El rey no pasa a ser sino el señor de un señorío inmenso con atribuciones absolutas. En el feudalismo combinado con el romanismo católico, en que si por lo primero es fuente de derecho privado, por el segundo lo es de derecho público.

La nación territorial favorece los descubrimientos geográficos, el Renacimiento y la Reforma, que a su vez dan gloria a los monarcas. Asimismo son beneficiados por las guerras de religión, que concluyen definitivamente con el Imperio. La nueva constitución nacional está asegurada, y la sociedad, más favorecida por el orden y la centralización, se enriquece con la colonización de las nuevas tierras y el avance de la técnica, y cada vez con el espíritu más suelto y apetitoso de libertad, implícito en el propio despotismo ilustrado, comienza a querer valer por lo que es y no por lo que se le otorga. La Revolución «gloriosa» inglesa primero señala el embate inicial, proseguidos por las

revoluciones americana y francesa que logran dar al traste con este tipo de nación.

La diferencia más notable que se había producido es que antes la vida la gozaba la sociedad feudal la cual la prestaba a la dominial; ahora, surgida de esta última la clase enriquecida, la clase media, será ella la que a través del mismo cordón umbilical alimente a la primera. La savia vivificadora va en sentido ascendente y no descendente como en el Medievo. La riqueza, pues, tiene una potencia lo suficientemente corpulenta como para que una gran parte de la vida comience a girar a su alrededor. Quien la consigue se le abre el porvenir y la vida, y con ello el acceso a las clases superiores. Las clases ahora, abiertas, otorgan a cada individuo el puesto que les corresponde de acuerdo a sus riquezas.

De esta manera, una nación que como un todo vivía en pleno momento territorial, quedaba desbordada por la sociedad, entendida como conjunto de partes, que estaba ya inmerso en el timocrático, y que se abría paso hacia la democracia con las reivindicaciones de la propia valía personal, entrándose al logralo en la tercera fase nacional, la timocracia.

Puede afirmarse que la nación timocrática no constituye una fase en sí, como algo capaz de sustentarse indefinidamente, sino un puente que lleva de la fase territorial a la democrática. Es mero paso de transición. La timocracia supone para Sales y Ferré la valoración del hombre no por su relación con el suelo como en la territorial, ni por lo que en sí vale como supondrá la democracia, sino por lo que tiene, es decir, por la riqueza que posee.

La nación timocrática se abre paso por toda Europa, a excepción de Rusia, porque la Revolución de 1789 por toda Europa se paseó. La timocracia sólo dará derecho electoral activo a los que tengan un mínimo de renta anual; el derecho a ser elegido supondrá un mínimo mucho más elevado. Quienes no dispongan de ninguno de ambos mínimos ni podrán elegir ni ser elegidos. Según estos topes vayan siendo rebajados, la nación irá dejando de ser timocrática en beneficio de la democrática, en la que cabalmente se entrará con el establecimiento del sufragio universal, sobre todo a partir de la Revolución de 1848.

Resumiendo todo lo dicho, observamos cómo las leyes que han regido esta dilatada evolución han sido el parentesco, el suelo, la riqueza y la persona, que llevan respectivamente a la nación por las fases troncal o religiosa, territorial o política, timocrática o capitalista y democrática o personal, viniéndose a comprender de hecho en las edades Media la primera, Moderna la segunda y Contemporánea las dos últimas.

Atendiendo al progresivo desenvolvimiento con que Sales va diseccionando a la humanidad podríamos desprender una serie de leyes sociológicas

por lo reiteradamente que se van dando. Una de ellas, fundamental en esta evolución, la constituye el que las fuerzas parciales de la sociedad, o sea, las diversas capas y estratos que la componen, se abren paso con anticipación a la fuerza total que representa la nación, por lo que cuando ésta atrapa a aquélla en el estado que ha alcanzado, la sociedad se adelanta, o se ha adelantado ya, en búsqueda de otro nuevo y más progresivo. Es la persecución incesante que la nación hace a la sociedad, mejor dicho, la sociedad espoleando a la nación para que no se rezague en la inexorable carrera, carrera en la que la aceleración cada vez es más grande y más cortas las etapas.

La nación no da el paso definitivo que la eleva un peldaño más en la escalera del progreso hasta que lo han hecho todas y cada una de las fuerzas parciales de la sociedad. Ahora bien, cuando este mecanismo dinámico se atasca, cuando la nación rechaza la invitación que le formula repetidamente la sociedad, ésta, entonces, asaltaré el poder y lo conformará a su antojo. Tal será el significado de las revoluciones que Sales estudia: la inglesa de 1688, la norteamericana y la francesa. Tampoco es preciso que todas las fuerzas parciales hayan adelantado. Con que lo hagan las más potentes basta para que la balanza se incline a su favor rápidamente.

El avance de la sociedad hace que al propio tiempo adelante la nación, y cuando ésta se enquistada o se resiste desmesuradamente a avanzar más, o más de prisa, la sociedad —de hecho parte la sociedad, la que posea mayor capacidad decisoria en aquel momento— subvierte el orden establecido y lo estructura a su conveniencia, con la particularidad de que cuanto más desfadas estaban ambas, sociedad y nación, más violentamente se hará el cambio, y cuanta más resistencia ofrezcan los que detentan el poder de la nación, tanta más fuerzas y más a fondo tendrán que movilizar las capas inconformistas de la sociedad para hacerse con el triunfo, y en tal caso más radicalizarán sus pretensiones cuando puedan verlas cristalizadas.

Esto trae consigo que la revolución, que en principio supone avance y progreso, al tener que contentar y elevar a su nivel a estratos todavía no preparados cuando da lugar aquel radicalismo, lo que hace es caer a la bajura de éstos, extremizando sus primitivas intenciones y convirtiéndolas normalmente en impracticables, en cuyo caso el paso —el salto— se ha dado en el vacío, y sobre este vacío que toda la celeridad revolucionaria no puede rellenar a tiempo, se construye el nuevo edificio nacional, con la fatal consecuencia de que hay que desandar lo andado y empezar nuevamente por donde debíase haber comenzado al principio. Ese es el caso de la Revolución francesa, que desembocó en una oclocracia —democracia extremada— y quedó barrida tras haber pasado por todas las modalidades revolucionarias posibles.

El mismo caso es el de la timocracia (que muy bien podría llamarse la na-

ción burguesa), en la que el individualismo más furibundo juega a las leyes políticas y económicas que ha promulgado y que sólo a ella aprovechan, provocando una reacción lógica para Sales como es la del socialismo, en lo que de protesta tiene. Todo movimiento avasallador provoca otro igual, e incluso más acentuado, de sentido contrario, capaz de restablecer el equilibrio.

Sales y Ferré intuye el porvenir de una manera francamente pesimista. La cultura, eterno motor de la evolución, constituye una esperanza. Para él la cultura es sumamente relevante para el progreso y la dignificación del hombre. A cada nueva fase de la nación la cultura ha extendido notablemente su campo de acción social y ha profundizado y ampliado sus conocimientos. La cultura es el mejor excitante de la marcha de la humanidad, y acelera su ritmo, transformando las clases sociales de cerradas en abiertas. Primero la alcurnia, luego las riquezas, ahora también la cultura, abren las puertas de los estadios superiores. Precisamente es esta capacidad de transformación, este poder transbordar de un rango social a otro superior por medio del propio esfuerzo personal lo que para Sales constituye el progreso.

Sales, pese a vivir en una Europa armada hasta los dientes, no vislumbraba la gran guerra que debía de cambiar tan rotundamente la faz política y social de la nación. El cataclismo lo ve internamente, dentro de cada nación, entre el individualismo burgués y capitalista por una parte y las amenazantes y desheredadas fuerzas proletarias socialistas y anarquistas que reclaman su parcela de vida, por otra, no previendo otra solución que la erección de un Estado corporativo, una democracia orgánica que se haga intervencionista, y deje de vigilar con la mera pasividad de un árbitro que hace cumplir unas leyes que han quedado superadas. Sales no cree que la fórmula comunista pueda alzarse como nuevo sistema político-social, pues sería regresar a los tiempos primitivos, al tribalismo comunista, aun sobre bases mucho más amplias, porque la humanidad está exuberante de vitalidad y tiene mucho que recorrer todavía, y está demostrado en que no se sufre un declive hasta que no se ha alcanzado un punto máximo, punto del que se dista mucho y que ni siquiera se dilucida casi al entrar en el siglo XX.

\* \* \*

Sales y Ferré hace un estudio de las causas que lo mismo que encumbran una nación pueden llevarla a un estancamiento y hasta a la decadencia. El caso de España lo trata con especial atención, además, en un trabajo publicado el mismo año de su muerte. «La decadencia de España», tal es su nombre, puede diluirse perfectamente dentro de esta pantalla «Sociedad y Nación» que hemos acotado.

Sales considera a España como una nación decaída. La compara con una familia acomodada venida a menos, aunque viviendo con el recuerdo de pasadas grandezas, y que el fatídico 1808 la devolverá a la cruda y desoladora realidad, trasplantando a los españoles de un espejismo de supuesta superioridad al abismo de un invencible complejo de impotencia, del que muchos quisieron emerger con fórmulas redentoras compuestas para regenerar el país, señalando los más dispares diagnósticos.

Sales no se cruza de brazos en este empeño y analiza todos los pros y contras de la situación, y si su diagnóstico es también alarmante y hasta retorcido, hace constar que más que a él debe culparse al «estado morbosos del cuerpo social», pues España es un paciente grave que además debe ella misma ser su médico, no vislumbrando otro camino de salvación que exponer públicamente el mal que la aqueja, a fin de que el enfermo, cerciorándose de su situación, intente curarse.

Rebate uno a uno los diversos pronósticos de otros porque observa que sólo atacan los síntomas del mal y no la verdadera raíz del foco infeccioso. Su pesimismo es realismo, pues quien en tales circunstancias, dice, se muestra optimista es que no se ha enterado de lo que a su alrededor se representa. Años más tarde, Ortega y Gasset nos dirá lo mismo en su «España invertebrada».

Para Sales uno de los caracteres de que España se ve impresa es «la extrema debilidad del sentimiento nacional», pues observa que si bien puede hablarse de un espíritu andaluz, catalán, gallego, asturiano... no está tan claro que pueda decirse lo mismo de un espíritu español, siendo por tal razón externa nuestra unidad, y no interna, substancial, revelándose bien claramente la oposición entre la periferia y la meseta interior. Estos contrastes internos quedan atenuados por la geografía peninsular, cuyo cerco marítimo y pirenaico impide una secesión real de las regiones, por lo que Sales deduce que en estas condiciones la existencia de un Portugal independiente constituye una verdadera aberración.

Sin embargo, este deficiente vínculo nacional vino a paliar la unidad religiosa. El pueblo atribuyó el término de la Reconquista a su inquebrantable fe católica. La unidad del dogma y del culto cuajó tanto que incluso superó al sentido de patria. Si bien la religión ha dejado de hacerse intolerante no por ello se ha emancipado de su tendencia a dominar, de la misma manera que la monarquía se ha vuelto representativa sin que se haya desprendido de sus resabios absolutistas. Mientras el trono se ha procurado en todo momento el apoyo del altar, éste ha intentado siempre imponerse a aquél. De aquí Sales deduce un nuevo carácter: el del «predominio de la religión como sanción social».

Con todo, éstos y otros caracteres son meramente históricos, temporales. capaces de ser removidos a través de un proceso de culturización. Mas otros son permanentes, como lo constituye el que lo «fundamental del espíritu español es el predominio del sentir sobre el pensar, del efecto sobre la idea, de la intuición sobre la reflexión», con todas las consecuencias que puedan derivarse.

Una serie de rigideces nos incapacitan para «evolucionar gradualmente», lo que ocasiona que en nuestro país el vaivén y el sobresalto constituyan forma de vida. «En suma, siententiza Sales, predominio del sentimiento, apego a la tradición, rigidez de constitución mental, divorcio entre el pensar y el hacer, absolutismo lógico, absolutismo moral y proceso por saltos: tales son los principales caracteres psíquicos del pueblo español, que llamo permanentes por haber persistido en el curso de nuestra historia».

Sales niega que los españoles se hallen inmersos en tal coyuntura por culpa de una incapacidad racial, aunque no la excluye por completo, señalando que debe de imputarse a las modalidades idiosincráticas, capaces de ser cambiadas por la cultura, en la que tan repetidamente pone fundadas esperanzas, sin ocultársele que es un remedio tan sencillo de recetar como difícil de aplicar. La fuerza, el carácter y la categoría de las sociedades lo imprime la «clase directora», y no las productoras, entendiéndose por aquélla todos los que ejercen funciones reguladoras en la sociedad. Nuestra decadencia ha sido precisamente efecto de la incompetencia de las clases directoras que nos han venido rigiendo, y que de no mejorarse es el camino que estamos condenados a seguir.

Quiere aprovechar en lo posible la hecatombe de Cuba y Filipinas, y no sólo por haber sido el resorte que ha hecho comprender que nuestra superioridad no era sino un adorno sofisma. «No esperen los españoles, afirma, que de fuera venga nadie a redimirnos; su salvación depende únicamente del esfuerzo que cada uno realice en redimirse a sí mismo, esmerándose en cumplir el deber que su puesto le señala, con desinterés y amor. Moralícense, dignifíquense, avalórense los españoles, y moral, digna y valiosa será la nación».

Pero, ¿qué causas han promovido nuestra decadencia? Vimos cómo las naciones occidentales europeas se esbozaron en el período que corre entre los siglos V y X, proceso que concluyó a fines del XV, en que quedó forjada la monarquía territorial y absoluta (a excepción de Polonia, que no salió del feudalismo).

El individuo fué cambiando su modo de pensar, y en sólo una centuria la XVIII, se sufrió la mayor transformación social de la historia. España fue incapaz de salvar esta pendiente y entró en la crisis que le cupiera en aquel otro período de transición a Polonia. De la parodia del liberalismo nacía el

caciquismo, el sentimiento nacional se difuminaba y la opinión pública, en vías de formación, quedaba truncada. Ni siquiera restaba el consuelo de compararnos con los españoles grandes de principios de la Edad Moderna. Somos una nación que se ha apagado y podrido. El patriotismo del alma nacional, de existir, no exterioriza sus latidos. «Somos un pueblo decrepito, desvalijado, indiferente, falto de sentimiento nacional, huérfano de principios morales, dice Sales, que vamos a la zaga de Europa, y que, en vez de inventar, no servimos siquiera para imitar los adelantos que se hacen fuera».

Comprobamos, pues, como España queda rezagada en la evolución de la nación, y de acuerdo a aquellas leyes sociológicas que apuntamos, intenta de pronto y aprovechándose de circunstancias bien ajenas a su voluntad, situarse a la altura de los tiempos y aun sobrepasarlos: tal fue el intento y el fracaso de la Constitución de 1812. Nuestra nobleza, en el curso de esta evolución, tampoco se adapta a la exigencia de los nuevos imperativos históricos, ya que en vez de encaramarse a los puestos directivos de los que en otro tiempo habían sido sus vasallos, como ocurrió en Alemania e Inglaterra, procuró esquilmarlos con servicios e impuestos crecientes que ellos disipaban en la corte, dejando huérfanos de dirección a las provincias, como también sucedió en Francia.

Todo lo cual labra la desventura de la nación española, que Sales, en definitiva, hará radicar en su tiempo en dos causas fundamentales: «la pereza y debilidad de nuestro pensamiento y la flaqueza de nuestra voluntad». Una sociedad vale lo que sus individuos, y como individuos somos mejor como músculo que como cerebro. Incluso las virtudes que poseemos son negativas, y no nos sirven para el progreso. Y así España fue vencida por querer imponer su ideal a costa de guerrear contra la libertad y el progreso, y aun en sus mayores desastres no renunció en el empeño. Pero se ha llegado al presente, y en el presente España no tiene ideal alguno, y sin ideal sólo cabe vegetar». En tales condiciones se está a las puertas de la muerte como nación si es que no se ha descendido ya al sepulcro, y lo grave del caso es que ningún español no sólo es ya incapaz de sacrificar sus particulares intereses, sino que ni siquiera lo es de abstenerse en violar la moral nacional. Tiranía y violencia son normas aceptadas.

Sales se sumerge en el análisis de otros interesantes aspectos, concluyendo en que los únicos caracteres válidos para explicarnos nuestra penuria son, en síntesis, «el desgaste de la raza..., la tendencia de las clases directoras a cerrarse..., y cierta debilidad mental, derivada del predominante influjo del elemento semita y del indígena...».

En tanto hemos podido observar cómo el paso de la nación territorial a la timocrática (ésta como trampolín apropiado que permite saltar a la

fase democrática) sigue en Europa, excepto Rusia, un curso lento al principio y acelerado después, pero en todo momento progresivo, en España acontece lo inverso. La Constitución de Cádiz es demasiado avanzada, más aún que las revolucionarias francesas, para que la sociedad española y con más razón la nación, puedan soportar el impacto. La muerte de Fernando VII da paso libre al liberalismo, pero también a las guerras civiles y a toda suerte de pronunciamientos ininterrumpidos, y las constituciones políticas se van sucediendo, siendo en algunos casos más reaccionarias las recién promulgadas que sus precedentes. Por eso nuestra marcha hacia la democracia no es directa, sino incluso en momentos, contraria hacia ella, hasta que otra convulsión, la de 1868, nos llevará de golpe a la fase democrática recuperando el tiempo perdido, pero con todos los inconvenientes que supondrá el querer levantar una sociedad sin preparación para tal nivel.

La política y los políticos son granjería, corrupción y charlatanería. No obstante, sólo por la política y los que la encarnan tiene redención el pueblo español, piensa Sales, quien durante un tiempo consideró que la solución no podría sino provenir de un campo ajeno al político, y ella no podría ser otra que la «unión firme e íntima de los obreros con los pensadores», pero no tardó en rechazarla, no por mala, sino por imposible. En efecto, para ello los trabajadores deberían ser educados por los pensadores sin que perdieran sus propias virtudes y pasaran a contraer las de la clase media. La reacción de Sales fue ocasionada al comprobar que fuera del ámbito político no había mentes suficientes para cristalizar tan magna empresa. Por esto concluye en que si hay un remedio, éste debe buscarse dentro de la política, aun contando con todos los apuntados inconvenientes.

Sales analiza las fuerzas de que se podría disponer para llevarlo a cabo, es decir, los partidos políticos, y estudiando primeramente los constitucionales —conservador y liberal—, se encuentra con que ni el primero se dedica a afianzar lo que el otro ha promovido, sino que por el contrario es reformista; ni el liberal, anárquico y personalista, a hacer algo diferente que el ir de uno a otro lado cuando actúa, nunca hacia delante. En estas condiciones ninguno de los dos se corresponde con las tendencias que lógicamente deberían de tener, que de conseguirse, y con el concurso de ambos, en adecuada proporción, el avance sería seguro y rítmico.

Respecto a los partidos anticonstitucionalistas —tradicionalista y republicano—, prevé la desaparición del primero por tacharlo de anacrónico, y en cuanto al segundo observa que si va en auge no es debido tanto a la inteligencia y ágil actuación de sus líderes como por la desgraciada de los partidos monárquicos.

Con estas tres fuerzas políticas antagónicas —tradicionalistas, constituciona-

listas y republicanos— que se endiosan creyéndose autosuficientes y sobradas de inteligencia para llevar a buen recaudo a España, no caben esperanzas, pues el triunfo de cualquiera de ellas se presupone en función de la muerte o paralización de las demás, por lo que ya nuestras escasas energías se malgastan en enfrentamientos sañudos y luchas estériles, e incluso el propio constitucionalismo se divide agriamente, con el resultado de que más que una rotación de partidos lo que sucede es un incesante tejer y destejer que nos agita y convulsiona, pero sin que adelantemos un paso.

Los enfrentamientos partidistas son el acicate del progreso, pero cuando los que rivalizan son concepciones opuestas de régimen sólo puede conducir a lo que estamos. Por lo tanto, el remedio sólo puede radicar «en transformar la lucha política de externa en interna, de extralegal en legal», y para conseguirlo caben únicamente dos caminos: el de la evolución y el de la revolución, es decir, con el mismo régimen o bajo otro distinto.

Cuando Sales escribe este ensayo, muy poco antes de morir, cree que los problemas más acuciantes y esenciales por resolver son «el religioso y el obrero», amén de otros muchos que comparados con aquéllos pasan a segundo plano. Canalejas abre un camino de esperanza a estos propósitos. Mas si los liberales fueren arrojados del poder sin dejarles apurar sus medidas, no cabría ya otro recurso que la revolución, con todas sus inconveniencias, pues en el peor de los casos vale más morir con gloria que vivir sin dignidad. «La lucha será santa», anuncia Sales, y, pase lo que pase, se tendrá la satisfacción del deber cumplido. Los republicanos van incrementando su potencia en cada elección, y quizá de su revolución surja una nueva vida. Desde que el mundo es mundo el amor, la tolerancia, la libertad y la justicia han superado los obstáculos que siempre se les han opuesto. ¿Por qué habría de ser excepción España?

De todas formas, la evolución o la revolución no constituyen talismanes por sí solas. Hay que elevar el nivel mediante la educación, y carecemos de educadores. Se precisa situar en la función pública al que la sienta, pues es raro encontrar un estadista en los primeros puestos políticos. Todos son abogados, periodistas, rentistas, catedráticos, ingenieros, médicos o farmacéuticos! Todo menos estadistas; lo que reporta que, por muy buena predisposición que tengan, no posean los conocimientos adecuados para actuar eficazmente, con tratiempo que para Sales constituye «la causa principal, única... de nuestro estacionamiento».

Es menester ineludible enviar a la juventud a formarse en los centros extranjeros, no sin antes reorganizar radicalmente nuestra enseñanza y abolir las oposiciones en la versión que han adoptado. «El día que tengamos de quinientos a mil jóvenes repartidos entre los principales centros decentes de Europa y los

Estados Unidos, habrá terminado la decadencia de España», afirma esperanzado. En efecto, mediante este sistema podrá forjarse una clase directora tan apta como la de cualquier otro país. A pesar de que es innegablemente saludable elevar al pueblo en todos los órdenes de la vida, es utópico intentarlo si previamente no se ha procedido a la elevación de quienes deben llevarlo a cabo, o sea, de la clase directora. «Tal es el camino de reconstitución y de vida» termina diciendo.

TOMÁS MESTRE VIVES